



Un reencuentro

Cecilia Argañaraz

Revisar un texto escrito hace una década supone siempre la sorpresa de encontrarse con una versión “otra” del propio pensamiento. Sorpresa no exenta de cierto desengaño, especialmente porque el recuerdo me indicaba que ese texto era una producción de la que podía sentirme orgullosa. Parto entonces (otra vez) del extrañamiento ante algo que debería haberme resultado familiar: mi propia escritura.

Recuerdo la experiencia de escribir este trabajo como un momento de felicidad intelectual. Me proporcionó cierta satisfacción y además resultó “fácil”: las frases se me antojaron fluidas, la idea central, consistente. Fue en ese sentido una experiencia importante. La atesoro como uno de los momentos en que sentí que la antropología podía ser verdaderamente mi oficio.

Era un texto tipo “Frankenstein”: construido a partir de la suma de producciones anteriores, más acotadas, realizadas a lo largo del cursado de la materia. Sin embargo, a mis ojos, estaba vivo.

El reencuentro con mi creación me produjo, como al legendario doctor, una impresión algo ingrata. Al recuerdo de una escritura fluida y profesional se opuso un texto que hoy considero estilísticamente antipático: plagado de aclaraciones y paréntesis, “atropellado”, ansioso por demostrarse reflexivo.

Pero a diferencia del Dr. Frankenstein, soy docente, e inmediatamente recordé que parte de la antipatía que me provocaba mi creación tenía que ver con su condición de examen. Probablemente no lo releí más de dos veces luego de terminarlo, quizás hasta lo escribí de un tirón, o en una tarde. Y, sobre todo, esas fastidiosas aclaraciones eran el único medio del que creía disponer para comunicarle a mis docentes que entendía lo complejo, difícil, “relativo” y “construido” que era el mundo social del que había realizado modestas observaciones.

Me pregunto si la necesidad de acreditar nuestra capacidad de desnaturalización no termina siendo la puerta de entrada a uno de los vicios más tristes del oficio: el de la escritura ya no académica, sino academicista. Probablemente, peco de ella en este preciso momento.

La necesidad de aclarar a cada paso “sé que esto es construido”, “sé que este otro aspecto del problema existe”, “sé que esto es relativo/situado/parcial”, aunque insoslayable, es estilísticamente insostenible. Y la forma es contenido. La forma implica un lector capaz de tolerarla, de amigarse con un texto que renuncia a su ritmo y su sentido de la oportunidad en favor de las aclaraciones. La relación de comunicación con quien nos lee, ¿no comienza a construirse en estos pequeños ejercicios de oficio que son las evaluaciones prácticas? En un contexto de fuerte cuestionamiento a las humanidades y las ciencias sociales, podría ser importante preguntarnos por los modos en que aprendemos a escribir.

A pesar de todo, dije que mi pequeño texto-monstruo estaba vivo y lo sostengo. Entre paréntesis y frases apresuradas, pude pese a todo encontrarme con una descripción. Hallé una escena viva que me retrotrajo a los olores, las sensaciones y los sonidos de aquella noche de observaciones. Recordé que mi reflexión no había sido un artificio para aprobar, sino en buena medida el producto de una idea y una experiencia genuinas. Sobre todo, para mi propia sorpresa, encontré en ese texto el germen de un conjunto de preguntas que me acompañan hasta el día de hoy: preguntas por el tiempo hecho espacio, por las desigualdades sociales hechas “paisaje” y, sobre todo, por los fantasmas que llenan aquello que imaginamos “vacío”. Releo mi viejo examen con agradecimiento, entonces, me arrepiento a medias de haberlo llamado “monstruo” y decido sostener el apelativo, pero por cariño.